

130.2

26757

H

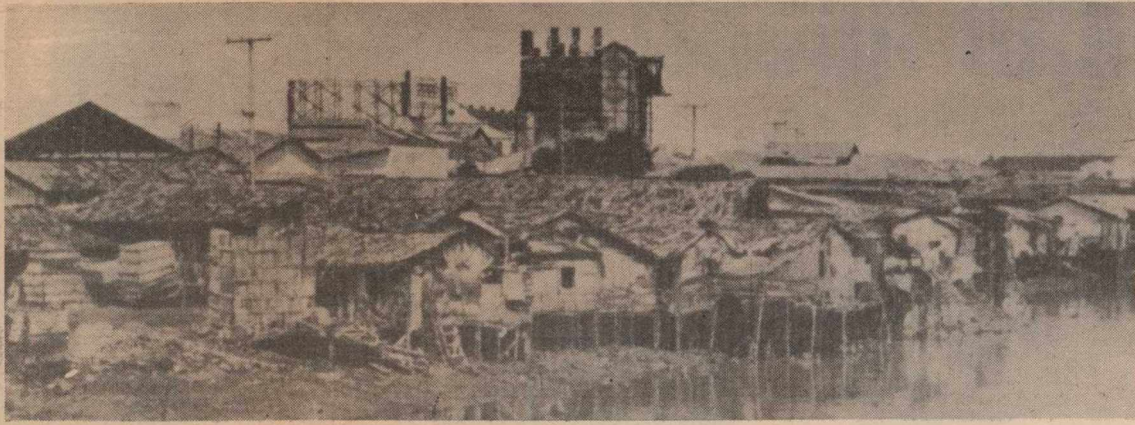
LA GRANDEZA DE
BERTRAND RUSSELL

La Cultura en México

Suplemento de Siempre!

BRASIL

El colonialismo la barbarie y la militancia



José Cayuela, Hélder Cámara. *Brasil ¿Un Vietnam católico?* Editorial Pomare. Santiago de Chile/Buenos Aires, México, Madrid, Barcelona. 1969. 280 p.

Francisco Juliao, *Cambao: La cara oculta de Brasil*. Editorial Siglo XXI. México, 1968. 208 p.

Francisco Juliao, *Brasil antes y después*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1968, 125 p.

Varios: *Brasil hoy*. Editorial Siglo XXI. México, 1968. 215 p.

Informaciones católicas internacionales. Núm. 350. Diciembre de 1969. "¿En dónde se halla la Iglesia en Brasil?". Entrevista con el P. Charles Antoine. p. 4-10.

De las regiones latinoamericanas que ejemplifican la más cruel esclavitud de los campesinos, la del Noreste brasileño representa el caso extremo. Casi un país, el Noreste sólo es menor en extensión —poco menos de un millón y medio de kms.2 a México y Argentina; su población es de 25 millones de habitantes y dentro de su tierra, fértil en vastas extensiones, el sertón: novecientos mil kilómetros cuadrados de sufrimiento; "quien sabe de él —decía Riobaldo, el personaje de Guimarães Rosa— es el urubú, el gavilán, la gaviota, esos pájaros: ellos siempre están en lo alto, palpando los aires con colgado pie, midiendo con la mirada la alegría y todas las miserias..." Las tres regiones en que pueden dividirse: la de la "caatinga", selva blanca; la agreste, con agua y arborescentes espinosos, tierra de transición hacia la tierra húmeda de los cañaverales y la tercera: el "sertón", como una sabana de pequeños valles, las simboliza Josué de Castro en una sola planta alimenticia: el maíz, que los campesinos mezclan con la leche de las cabras que pastan en los Estados de Pernambuco y Bahía. El "sertón", sin embargo, no es desértico. La imagen corre pareja a la teoría de la tierra árida y a la fatalidad del clima, que se elaboró para evitar el examen verídico de la realidad: las relaciones de la producción feudal del Noreste brasileño. "El ochenta por ciento de las tierras de labranza —escribió Francisco Juliao— y para la cría de ganado del país permanece en las manos de apenas el dos por ciento de los brasileños. Hablo de las mejores tierras, de las que poseen más vías de comunicación y acceso a los grandes centros industriales. Peor aún. De esas tierras menos del diez por ciento son cultivadas, tanto que si todas las plantaciones de café, caña, cacao, maíz, algodón, arroz, trigo y otros cultivos del país fueran concentrados en una sola región no alcanzarían a cubrir, por ejemplo, la superficie de un Estado de la Federación como el de Piauí.

"Tiene el noreste, de Sergipe al Ceará, una faja húmeda de 46.000 kms; de esa faja cuatro mil están ocupados por los cañaverales y otras labranzas. Lo restante es latifundio improductivo o poco utilizado que se valora para la especulación inmobiliaria o sirve de garantía a los gruesos préstamos que el Banco del Brasil y otras instituciones de crédito dan a los latifundistas. Eso pasa en una región donde la densidad de población llega a ser mayor que la de muchos países de Europa"... Y no sólo. El modo de trabajar la tierra es semejante al de los antiguos mayas: quemar el monte, sembrar dos o tres años, abandonar el terreno por agotamiento y seguir avanzando, destruyéndolo todo. Y todo, hasta donde la vista alcanza, pertenece a unos cuantos latifundistas. La población, sin

tierra, emigra, no tanto por la sequía, que es periódica, en las oleadas de pobreza de los "retirantes" que asedian las ciudades, sino hacia el sur, como esclavos. Otras manos, tan ávidas como las de los "fazendeiros" —las de los "usineiros"— los aguardan para abaratar más aún el costo de lo que fabrican. Empieza, entonces, en las orillas de las ciudades, la segunda fase de la miseria que horada la tierra para conseguir un lugar donde vivir, levanta en palizadas, como zancos de una ave irreal, el "mocambo", en las cercanías de Recife, para darse el increíble ciclo del cangrejo, descrito por Josué de Castro: el "mangue" ha sido criado para el cangrejo como la tierra para el hombre: es su medio natural; nace entre el lodo y devora todo lo que cae del "mocambo": desperdicios humanos, residuos de la marea. La carne del cangrejo madura en un lento proceso de asimilación de los excrementos y, ya blanca en sus patas y verde y gelatinosa en sus vísceras, es buscada afanosamente por los hombres del "mocambo" hasta dejar listo el caparazón que la cubría. Es un ciclo no vital sino degradante. Acaso el más descriptivo de la miseria de miles y miles de seres humanos. Brasil es, en realidad, dos países. No sólo dos patrias, la de los pobres y la de los dueños de la tierra, sino dos países que conviven en un mismo sistema económico: el Noreste, agrario y feudalizado, y el Sur, industrializado. Si en uno prevalecen las relaciones precapitalistas, el otro, plenamente burgués, subsiste a expensas de la emigración periódica que abarata la mano de obra y hace imposible, en su crecimiento incesante, que una clase obrera organizada pudiera romper por sí sola la relación de los dos sistemas de explotación, sólo en apariencia contradictorios. El latifundio crea miseria y, a la vez, la numerosa población que hace posible las miles de manos en busca de pan que van hacia el Sur. Si en el campo se levantan los hombres, en los pequeños grupos desesperados —los "cangaceiros"— como Lampiao, quizá el último "rey" del "sertón", las "volantas" se apresuran a exterminarlos; si una más vasta tentativa de modificar la vida, aplicando programas moderados como el de Celso Furtado en la SUDENE, se organiza, todas las fuerzas políticas y económicas de los latifundistas se aprestan, lógicamente, a combatirla. La acumulación del capital en Brasil depende, precisamente, de la conservación de ese estado de cosas que en el Noreste muestra su verdadera cara.

La SUDENE estaba fundada en tres puntos: no debía darse excesiva importancia a la sequía: había —hay— 3 millones de hectáreas de mesetas fértiles, próximas a las zonas más pobladas. El programa económico comprendía, primero, la posibilidad de emplear a los desocupados, utilizar las zonas húmedas y adaptar, mediante obras indispensables; las zonas semiáridas a una población creciente; segundo, la utilización de los medios del Estado y la iniciativa privada y tercero, procurar mantener la unión entre la acción técnica y la dirección política. Cuanto es posible suponer que un grupo de profesionales pudieran aconsejar para re-

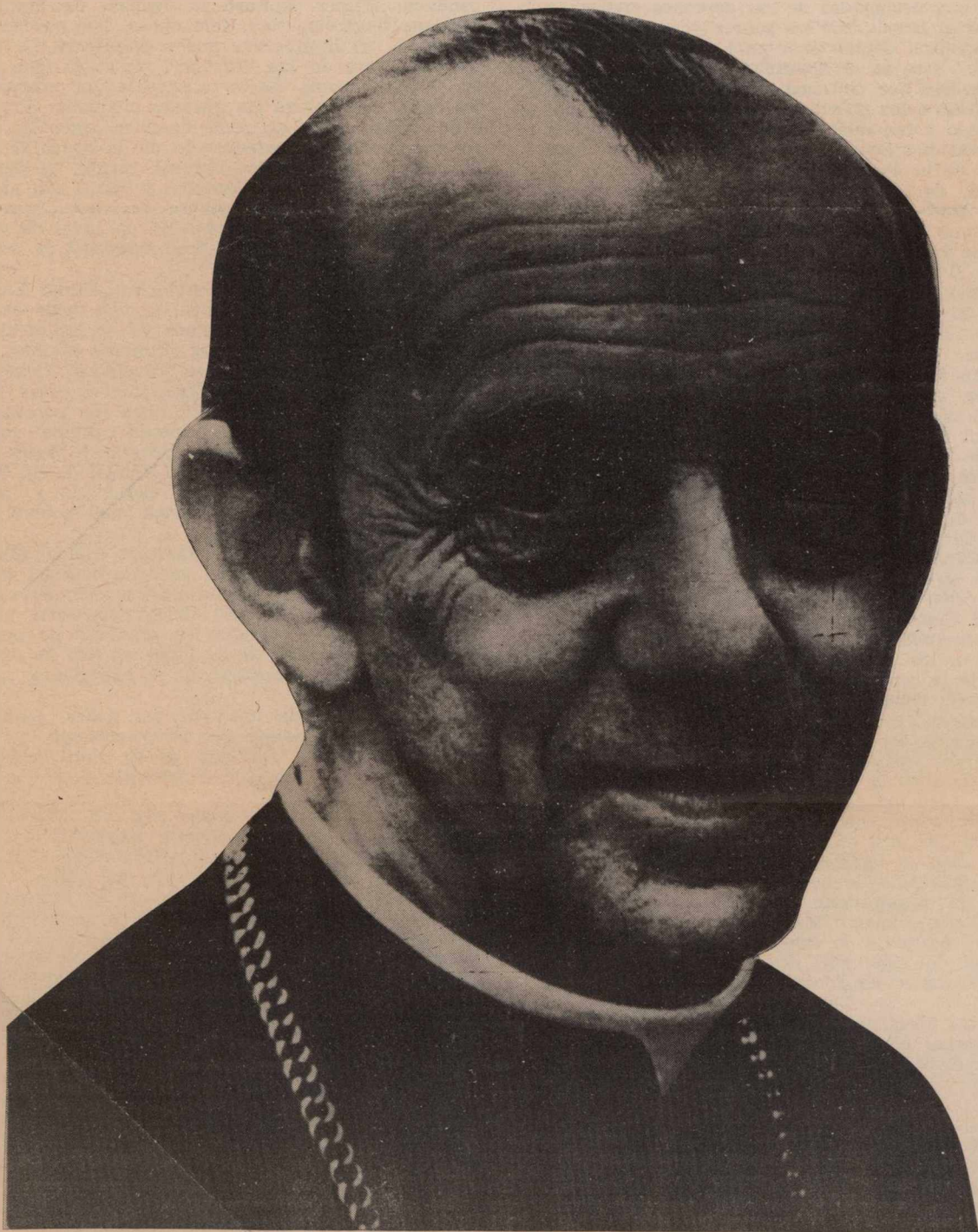
mediar una situación casi nacional, se elaboró en la SUDENE. Los nueve gobernadores de los Estados del Noroeste, participan en las deliberaciones; decretos y partidas —aprobadas en mayor cuantía que facilitadas a Furtado— presupuestales y empréstitos extranjeros: Kennedy advirtió que un programa como el del Noreste del Brasil sería, sin duda, la mejor prueba de la nueva política norteamericana. Pero si Furtado procedía como un economista que pasa de la teoría a la acción y en ella ve la posibilidad de transformar por medios pacíficos una realidad contraria a los fines humanos, Kennedy no vio más allá de los jardines de la Casa Blanca. Los verdaderos intereses norteamericanos en Brasil, los de la Anderson Clayton, en el algodón cosechado en condiciones semif feudales, era parte indivisible de una situación del todo brasileña, y así como en los Estados Unidos Kennedy fue víctima de sus propios sueños, en el Noreste Celso Furtado habría de ser perseguido hasta conseguir los latifundistas barrer a la SUDENE. No era el fin principal. Los peligros para su sistema eran varios: el frente nacionalista más amplio estaba formado por Juliao con la Liga campesina; Miguel Arraes, gobernador de Pernambuco, con su política independiente y el movimiento cristiano de curas y seglares, inspirados en la Mater et Magistra y la Pacem in Terris de Juan XXIII.

...cuando un grupo de campesinos fue a mi casa en Caxanga —escribió Juliao en *Cambao: la cara oculta del Brasil*— suburbio de Recife, para pedirme asistencia jurídica para la Sociedad Agrícola y Pecuaria de los Plantadores de Pernambuco, inmediatamente después de su fundación, ni aquel grupo, ni yo, ni los partidarios políticos de izquierda y los líderes populares más destacados teníamos una idea exacta de lo que vendría a ser de pocos años después, la Liga Campesina... Juliao era, en aquel entonces, diputado por Pernambuco y tenía prestigio entre los campesinos por haberlos defendido desde 1940. La Liga vino a ser como una síntesis de anteriores tentativas de agrupar a los campesinos. Movimientos diferentes; violentos los unos, confusos los otros, desembocaron como afluentes de un amplio río de inconformidad en el Noreste. Juliao cuenta algunos episodios. Ya se sabe que es, también, un escritor nada común. El episodio del campesino Lao —p. 128-9— es uno de los más hermosos ejemplos de cómo un esclavo —porque eso era Lao— se vuelve hombre gracias a la virtud de una convicción.

En la casa de "Zezé", un campesino del ingenio "Galleia", se instaló la primera Liga. Era el año 1955. En tres fuentes se luchó a partir de entonces: manteniendo una relación directa con los campesinos, escribiendo boletines como la *Gufa*, si bien el analfabetismo —sólo el 10 por ciento sabía leer— favorecía la divulgación de los principios agrarios por los "violeiros", cantores populares; promoviendo o defendiendo a los campesinos en los tribunales y haciendo denuncias y protestas contra la violencia desencadenada contra ellos. De 1955 a 1959, que gobernó en Pernambuco el general Codeiro de Farias, hubo seis veces más presos políticos que en todo Brasil. Fue el "cuatrenio del terror".

La lucha, por tanto, provenía de la mayoría campesina a través de la Liga, se auxiliaba mediante el método educativo de Paulo Freire —un procedimiento excelente de alfabetización— y se ampliaba en los programas de la SUDENE. Sin embargo, esa situación no podía prolongarse. En 1963,

LECTURAS



Hélder Câmara

Joao Goulart hizo promulgar el "estatuto del trabajador rural"; el paso siguiente, previsto por Juliao, fue la fundación de sindicatos agrarios. El ingeniero "Galileia" fue expropiado para entregarlo a los campesinos de "Zezé". Un año después —y coincidiendo con la radicalización del socialismo en Cuba— la prensa de casi toda América Latina se hacía eco, a través de las agencias norteamericanas, de los resultados del estatuto de Goulart presentándolo como un caso de "comunismo" semejante al de Fidel Castro. Se difamó a Goulart, cuya reforma agraria era una comedia de distribución de tierras ociosas mediante indemnización, y se señaló en Juliao a un revolucionario que incendiaría el Continente, empezando por Brasil. El mismo Juliao, cediendo a las invitaciones de La Habana, Pekín, y Moscú, contribuyó a esa leyenda, debilitando la participación política efectiva de la **Liga Campesina**. El golpe militar del IV ejército, radicado en el Noreste y dirigido por quienes habrían de ser, sucesivamente, presidentes de Brasil: Humberto Castello Branco y Arthur Costa e Silva, acabó con toda tentativa reformista. En los nueve Estados del Noreste habría unos 30,000 soldados. Brasil disponía, entonces, de 150,000. Tal relación de fuerzas hace inexplicable el resultado del golpe militar: millones de campesinos y sólo 30,000 soldados diseminados en aldeas, campos y ciudades. Y sin embargo, en el momento del asalto al poder, la clase media, mentalmente militarizada, fanática y violenta, se echó a las calles repudiando a Goulart. Titubeos, desalientos, miedo, exageración respecto de las fuerzas disponibles, desorganización y sólo un grupo, consciente de la realidad, pero incapaz de obrar en consecuencia. Josué de Castro —Una zona explosiva: le Nordeste du Brésil, 1965— enjuició, no sin desencanto, a la Liga, "que no adquirió jamás una importancia política determinante. Les faltaron, agregó, una estructura funcional y una dirección suficientemente enérgica para desencadenar un proceso revolucionario... nunca fueron más que un juguete casi infantil. Y si este juguete consiguió ahuyentar tanto a los grandes señores feudales y su asociados, es porque hace tiempo que son presas de un terror permanente. Un terror que les lleva a ver en el menor gesto de esas masas despreciadas, en toda actitud que no sea de resignación, un horrible peligro que amenaza sus privilegios". Quizá sea un juicio excesivo. La Liga estaba organizada para una lucha legal, no violenta.

En Brasil, todo fue paralización y terror. Las listas de los "enemigos" estaban al día, como las elaboradas por los Estados Mayores contemporáneos. Empezó la cacería, las prisiones, las torturas, los asesinatos, el exilio y la vuelta de tuerca para los campesinos, primeras y últimas víctimas de toda aventura política. El caso de Gregorio Bezerra ilustra el proceso de aquella represión. Comunista del grupo de Prestes —el "Caballero de la esperanza", como lo llamó Jorge Amado— Bezerra postulaba la rebelión legal, no violenta, para llegar al poder. Tal actitud es, también, ortodoxa. La violencia —los textos de Lenin son claros al respecto— es la última puerta, no la primera. Bezerra, ante las condiciones de Brasil, así lo afirmaba. Durante el golpe militar era explicable que fuera uno de los personajes más perseguidos. Dieron con él en la fábrica "Pedrosa". Bezerra tenía, entonces, 72 años. Atado de manos y pies, a bordo de un jeep fue interrogado una y otra vez por los supuestos depósitos de armas. Nada sabía. Esperaba la tor-



Francisco Juliao



Limpiao

tura —el Ejército brasileño aplicó nueve formas diferentes, todas ellas denunciadas por Marcio Moreira Alves en su libro *Torturas e torturados*, Río de Janeiro, 1967— y fue llevado a la Casa Forte, en el centro de Recife. Allí cayó en manos del coronel Darcy Villocq Viana. Con un tubo de fierro, le partió la cabeza. Y empezó la inenarrable golpiza. Bezerra fue operado, más tarde, de una parte de sus órganos sexuales a consecuencia de los golpes. Villocq hizo regar en el piso ácido y obligó a Bezerra a caminar descalzo. Más golpes. Atado del cuello y sangrando, aunque erguido para evitar que le pegaran más, Bezerra fue llevado por las calles de Recife. El coronel excitaba a la gente a que lo lincharan. Era un comunista y él, el coronel, un bahiano patriota. Nadie respondió. Siguió el camino. Más azotes. Llegaron frente a la casa de Villocq, hizo salir a su mujer para mostrarle lo que había de hacerse con los comunistas. Siguieron los golpes. Nuevamente en el cuartel. El coronel Ibi-piana lo rescató de Villocq. Los presos, durante días, le quitarían la carne de los pies. Bezerra permaneció, tirado en el suelo, casi sin sentido. Fue condenado a 19 años de prisión. Ninguno de sus torturadores —en el diario *Correio da Manhã* se denunciaron oportunamente— fue castigado. Muchos brasileños más habrían de sufrir, en las mazmorras de las prisiones militares, lo que Bezerra en las calles de Recife. Bezerra, sin embargo, no significaba para los militares un peligro semejante al de Arráes, gobernador de Pernambuco.

La lucha electoral había definido los dos campos de la política brasileña, previa al golpe militar: Arráes era el candidato de los campesinos, de los jóvenes de Acción Católica —muchos sacerdotes participaron en su campaña— estudiantes y trabajadores; Cleofas de Oliveira, su oponente, un "usineiro", el de las fuerzas heterogéneas del antiguo orden. Por 12,909 votos ganó Arráes. El presidente Goulart, sus actos así lo confirmaron, veía con recelo la carrera política del nuevo gobernador. Arráes representaba una decisión profundamente nacional, conciliadora en cuanto era favorable a los intereses brasileños y, por ello mismo, antiimperialista. Rechazó los acuerdos anteriores de la Alianza para el Progreso en el Noreste, impulsó obras de reconstrucción social, depuró la administración, congregó a los más capaces y no cedió a los intereses de los "usineiros"; por todo ello, para Castello Branco y sus oficiales —precisamente del Nordeste partió el golpe militar— era el más peligroso de todos. Después del asalto al poder, Arráes estuvo preso 386 días. Ante los estudiantes de Belo Horizonte, había definido a los hombres de su tiempo, no importaba su ideología política, como "hombres de la revolución brasileña". Y ya se sabe, por haberlo confesado Eisenhower y corroborado toda la política norteamericana: es más peligroso el nacionalista que el comunista. Arráes fue el blanco a perseguir. El Noreste, bajo su dirección, escapaba de las manos de los inversionistas extranjeros y de los dueños de la tierra. Pudo resistir si Goulart no hubiera visto, en el golpe en el Noreste, la posibilidad de desprenderse de un probable candidato a la Presidencia. Este cuadro, sucinto, breve, resumido, de la situación de Brasil antes del golpe militar, es el panorama en el cual se explica la misión y el apostolado del arzobispo de Olinda y Recife, Hélder Cámara. Donde un técnico como Celso Furtado fue exiliado y su obra abolida, el líder campesino perseguido hasta hacerlo salir

del país, en la región en la cual el gobernador, por nacionalista, fue derrocado y encarcelado, y miles y miles de brasileños sometidos al terror, las torturas, la vigilancia militar azotados en las calles, asesinados y despojados de sus derechos civiles, la lucha por el Brasil, por los pobres y, en definitiva, por el hombre, debían caer en los hombros de un sacerdote. Este es el apostolado de Hélder Cámara. Parecería que en cinco años el destino le hubiera puesto a las puertas de su diócesis el dilema, tan antiguo y tan reciente, de los Evangelios. ¿Con quién estás tú? Después de las Encíclicas de Juan XXIII y de la *Populorum Progressio* de Paulo VI, no cabía, en tales circunstancias, sino estar con los humillados y ofendidos. No ha sido el único. Otros, como Dom Waldir o Dom Battista Frago, luchan de igual manera, pero Hélder Cámara, clavado en el Nordeste, viene a ser el depositario de la tentativa que busca redimir a millones de hombres de la miseria y de todo lo que ella acarrea: barbarie, degradación moral y desnacionalización paulatina.

A los 61 años de edad, Hélder Cámara ha pasado, políticamente, por experiencias contradictorias. En su juventud —más tarde diría: "Tuve en mi mocedad fugaz experiencia, político-partidaria, de la que Dios me libró totalmente"...— perteneció al grupo fascista de Plinio Salgado; ordenado sacerdote a los 22 años, colaboró en la Secretaría de Educación, en Río de Janeiro; director técnico de la enseñanza de la religión, estuvo cerca del Cardenal Leme, a quien debe, sin duda, no poco de su formación decisiva. Asistente general de la Acción Católica y Presidente de la Comisión Nacional Católica de Inmigración, se daba tiempo para desarrollar una intensa labor social. Anticipándose a los tiempos, renunció a la ostentación propia de la jerarquía brasileña y prefirió habitar un pequeño departamento en el barrio de Botafogo. Aficionado al fútbol, especialista en carnaval y en la música popular, ha sido un crítico sagaz de las diversas escuelas de samba cariocas.

El 2 de abril de 1955 fue promovido al rango arzobispal, pero todas las insignias propias de su investidura desaparecieron en su sencilla sotana de sacerdote. De esos años, y en cumplimiento de una misión, data su amistad con el actual Papa Paulo VI. En presencia de los prelatos latinoamericanos durante la organización del CELAM, definió su preocupación social: "Es nuestro deber, dijo, intentar lo posible y lo imposible para poner fin al escándalo del siglo XX: dos tercios de la humanidad permanecen en un estado de necesidad y hambre..."

De las ideas, a los hechos. Poco después lanzó las primeras acometidas para persuadir a los habitantes de Río de la necesidad de cambiar la vida de las "favelas", empezando por abolir los pre-

juicios sobre los trabajadores. El Banco de la Providencia, los 910 departamentos edificados, las familias alojadas, los jóvenes con escuelas o empleos, no eran suficientes, ni con mucho. En una fiesta benéfica, Hélder Cámara lo declaró sin alardes: "No me hago ilusiones; mis obras, por necesarias que sean, no llegan más que a paliativos. La verdadera causa de las "favelas" no está aquí sino en el medio rural. Es la miseria la que empuja a los campesinos hacia las grandes ciudades. En Río o Sao Paulo, usted se siente en pleno siglo XX. Pero el interior ha permanecido en la época de los colonos portugueses: los obreros rurales no tienen verdaderas casas; se alimentan y visten con nada; sobre todo, carecen del mínimo de educación y les hacen trabajar sin contrato. Es un nivel de vida infra-humano... El país tiene necesidad de reformas sociales..."

El arzobispo dio en el problema. Carlos Lacerda, gobernador de Guanabara, y más tarde exiliado por los generales a quienes ya no les prestaba servicio alguno, le lanzó los primeros ataques. El gobernador pretendía que los "favelados" desalojaran sus barrios a la fuerza. Traslados en masa. Hélder Cámara se opuso. Era obra de persuasión no de órdenes policíacas. Lacerda contaba con el apoyo del Cardenal Barros Cámara, el joven arzobispo con quien habría de ser Paulo VI. En 1960, el entonces Cardenal Montini visitó Río y, junto con Hélder Cámara, los barrios más pobres. La obra prosiguió.

Durante las sesiones del Concilio, Hélder Cámara no tomó la palabra; en vano se buscará en la historia del Concilio alguna intervención suya; en cambio, en enero de 1963 dirigió una carta a los obispos. En tres párrafos se advierte su pensamiento; un resumen de su labor en Río de Janeiro. Comunicación, también, de su experiencia apostólica:

"Terminemos de una vez por todas, escribí, con esta representación del obispo-príncipe, que vive en un palacio, separado de su clero seglar y regular, al que mantiene a distancia y al que mira con altivez.

Terminemos de una buena vez con todo lo que pueda dar a los sacerdotes la impresión de una autoridad que considera más importante hacerse temer que amar, hacerse servir que servir..."

"Lo que esperamos del clero en la pastoral de conjunto no lo obtendremos sino en la medida en que demos el ejemplo del entendimiento con los otros obispos de la región, del país, del continente, del mundo. Y, además, no lo obtendremos más que en la medida en que cada sacerdote sienta en nuestra persona al Buen Pastor, el Padre, el imitador de aquel que no ha venido para ser servido sino para servir..."

"Pobre obispo aquel que da la impresión de no haber retenido del Evangelio más que la expulsión de los vendedores del templo, olvidando decenas de otras escenas de pura e infinita misericordia. La vida nos enseña que si la bondad no puede resolverlo todo, lo que la bondad no resuelva no lo resolverá la violencia. La violencia engendra rebeldes, hipócritas y cobardes..."

El lenguaje de Hélder Cámara, sus opiniones sobre algunos temas fundamentales, ha cambiado —no los principios, no las convicciones— como las circunstancias lo exigían. Para muchos se ha radicalizado. Quizá sea una exageración. Se ha vuelto más claro y contundente en vista de situaciones,

BRASIL



Gregorio Bezerra



Miguel Arraes

en Brasil, opresivas y violentas; frente a limitaciones a una acción social necesaria; ante condiciones latinoamericanas diferentes a las del pasado inmediato.

El 1° de abril de 1964 ocurrió el golpe militar. Llegó a Recife para hacerse cargo de la arquidiócesis, el 13. Sus declaraciones, al llegar al aeropuerto, desconcertaron a quienes lo tenían por liberal. No así su mensaje, leído en la catedral de Olinda.

Ante todo era un nordestino que serviría a todos, no importando su credo. Nadie debía ligarlo a grupo alguno; nadie estaría excluido de su diálogo fraterno. ¿A qué iba? A cuidar de los pobres. "En el juicio final, afirmó, todos seremos juzgados por el trato que hayamos dado a Cristo, a Cristo —lo subrayó— en la persona de quienes tienen hambre, sed, que están sucios, ofendidos y oprimidos". Y más adelante: "La pobreza puede y debe ser un don generosamente aceptado o hasta espontáneamente ofrecido al Padre. La miseria es repugnante y envilecedora: hiere la imagen de Dios que es cada hombre; viola el derecho y el deber del ser humano del perfeccionamiento integral".

Los niños de los "mocambos" y en especial los abandonados, eran su preocupación. Pero nadie debía engañarse —otra vez los temas ya propalados en Río de Janeiro— de que bastaba un poco de generosidad y desinterés; de asistencia social. Romper el círculo vicioso del subdesarrollo requería algo más. Elogió a la SUDENE —a trece días del golpe militar— por ser la suya una labor compatible con la dignidad nacional. Recomendó no tener temor de algunas palabras ya entonces prohibidas: cultura popular, "concientización", politización, autpromoción, etc. Su proclama general estaba fundada en las tesis del Concilio Vaticano II, en las Encíclicas, y definió, a los cristianos de los aparentes en estas perdurables frases: "La diferencia entre el fariseo y el santo es sobre todo ésta: el fariseo es amplio consigo mismo y estrecho con los demás. Quiere obligar a todo el mundo a ir al cielo, a la fuerza. El santo sólo es exigente consigo mismo..."

Cuatro años después, en la Universidad de Cornell, aclaró su concepto de la "concientización": "no debe esperarse todo el gobierno"; es menester "abrir los ojos, excitar la conciencia, ayudar al hombre a utilizar su inteligencia y su libertad, ayudar al hombre a ser hombre".

"La mejor manera de combatir el marxismo —afirmó Hélder Cámara— es predicar una religión que no sea opio del pueblo; predicar un cristianismo que, a ejemplo de Cristo y en unión de él, se encarne y asuma todos los problemas humanos, a fin de realizar la redención del hombre".

Sobre algunos problemas sociales, las ideas seculares de los Evangelios; ante realidades agobiantes, las tesis de los dos últimos Papas y sobre todo la *Populorum Progressio*. Allí están las fuentes de las ideas de Hélder Cámara, vertidas en un lenguaje conciso, de frases breves, contundentes, no exentas de belleza literaria. Pero donde alcanza su nota más personal es en el dilema planteado a los latinoamericanos, sobre todo a los brasileños, después del golpe militar y la violencia derechista: ¿cómo ha de llevarse a cabo el cambio social, por la vía democrática, pacífica, legal, o por medios violentos? Después de la aventura de Camilo Torres no pocos son partidarios de la violencia. Si ha de instaurarse la justicia social en un mundo po-

seido por los violentos, ha de combatirlos con las mismas armas. El monte, la selva, el llano, son los sitios. Hélder Cámara, estableciendo la diferencia entre los que todo lo tienen: dinero, armas, cárceles, periódicos, bancos e instituciones, y entre quienes viven en la miseria y la desesperanza, ha elegido, haciendo un razonamiento muy lúcido, el de la revolución pacífica. "Las injusticias, dijo en Berlín occidental el 18 de abril de 1968, son demasiado grandes y el frío y la indiferencia de los poderosos que nos explotan son escandalosas. Pero conservar y tratar de profundizar esta advertencia fraternal de quien viene todo cubierto de sudor, polvo y barro: precisamente porque sólo nos interesa la revolución estructural, que nadie se engañe: la revolución estructural supone, necesariamente, la revolución cultural". Es decir, el cambio de la conciencia, la aceptación de un deber más alto que comprometa a los hombres.

Marx, afirmó ante los jóvenes estudiantes en "La Mutualité", el 25 de abril de 1968, no alcanzó a distinguir entre la esencia del cristianismo y la debilidad de los cristianos que, en la práctica, le redujeron demasiado a menudo, realmente a una especie de opio para el pueblo. Pero ahora hay un cambio de actitud: ahora, incluso en la práctica se trata de vivir y hacer vivir un cristianismo que no es en absoluto una fuerza alienada o alienante, sino que se encarna entre los hombres, como el Cristo. Y la Rusia Soviética no llega todavía a comprender eso". Tal es su idea de la revolución cultural. Pero, ¿cómo ejercerla en un mundo dominado por los violentos?

He aquí su posición: "Yo respeto a aquellos que, en conciencia, se sintieron obligados a optar por la violencia; no la violencia demasiado fácil de los "guerrilleros de salón", sino de aquellos que han demostrado su sinceridad con el sacrificio de sus vidas. Me parece que las memorias de Camilo Torres y el Che Guevara merecen tanto respeto como la del pastor Martin Luther King.

"Acuso a los verdaderos responsables de la violencia, todos aquellos que, de izquierda o de derecha, ofrenden a la justicia e impiden la paz.

"Mi vocación personal es la de un peregrino de la paz, siguiendo el ejemplo de Paulo VI: personalmente, prefiero mil veces que me maten a matar".

La no-violencia, ya se sabe, es la raíz misma de la vida cristiana. Ghandi, para quien Hélder Cámara no oculta su admiración, fundó en ella los principios de su acción política. Lo mismo, bajo las condiciones norteamericanas, Luther King. Todo proviene del capítulo 5 de San Mateo.

¿Es sólo por cristianismo su prédica de la no-violencia? No. Agrega un razonamiento muy claro respecto de la correlación de fuerzas en Latinoamérica:

"...si en cualquier rincón del mundo, afirmó en "La Mutualité", pero sobre todo en América Latina, estallase una explosión de violencia, podéis estar seguros de que, inmediatamente, llegarán los grandes —incluso sin declaración de guerra—, las superpotencias estarán allí y tendremos un nuevo Vietnam... ¿Queréis más realismo aún?: precisamente porque necesitamos llegar a una revolución estructural, es indispensable promover antes, pero en un sentido nuevo, una "revolución cultural". Porque si las mentalidades consiguen cambiar en profundidad, entonces las reformas de estructuras, las reformas de base, seguirán en el papel, ineficaces".

Dos tres Vietnames, hoy es un lugar común, no precipitarían la desaparición del imperialismo, pero sí acabarían la obra de los países para salir del subdesarrollo. Es realismo, ciertamente.

Hélder Cámara emplea, reiteradamente, la tesis de Pablo González Casanova sobre el colonialismo interno que sufren nuestros países; la forma de explotación del Noreste se aclarará aún más con esa medida de acumulación primitiva de capital a expensas de regiones subdesarrolladas en el propio país. Para Hélder Cámara, tales condiciones preparan el estallido de la bomba M; la M de la miseria, de la represión, de la complicidad, del disimulo, de la disculpa o de los paliativos de "ayuda social".

Los medios de la acción que propusiera, son breves, como todo programa político:

1. Reuniones "concientizadoras" bien planificadas, organizadas y dirigidas.
2. Utilización inteligente de los medios de comunicación social, inclusive y sobre todo, la música y el teatro.
3. Apoyo a las huelgas justas.
4. Promoción de grandes concentraciones y marchas como momentos culminantes de actividades bien planificadas.
5. Reclamaciones pacíficas, incluso a riesgo de caer en prisión, en defensa de quien fuera detenido abusivamente al defender los derechos humanos.

Estas vías, hoy, son casi imposibles de aplicarse en Brasil. Las medidas policíacas son más drásticas. Hélder Cámara y todos aquellos brasileños persuadidos de la necesidad de un cambio en su vida, de rescatar la independencia de su país, de sentar las bases perdurables de la democracia, son maniatados, perseguidos, encarcelados y estrechamente vigilados. No pocos de ellos, como el padre Henrique Pereira Neto, asesor de la juventud católica de Recife, asesinados. Las bandas fascistas actúan impunemente. En abril de 1969, dijo en Roma Don Hélder Cámara, no sin melancolía: "Acaso sea ésta la última vez que os visite..." El rumor de un atentado en contra suya cobró realidad una mañana de octubre de ese año, al ametrallar su casa un grupo de los comandos anticomunistas. Ha sido reiteradamente amenazado. Si no, difamado en la prensa. Vigilados sus pasos, ocultadas sus palabras. Podría ser el suyo un destino como el de Luther King o el Gandhi, con quienes, en la misión pacífica, se ha identificado. La suya, sin embargo, es más dramática. Parece librarla solo. En el cuadro sombrío del Brasil de ahora aparece indicando el camino de acción política que queda al cabo de los golpes militares, donde, además, no hay organizaciones populares, ni partidos, ni líderes civiles. Si aparecen confundidas en una misma conducta su apostolado y su preocupación social es cosa de los tiempos. Una Iglesia que contribuyó durante siglos al sometimiento de miles de hombres, a crear las condiciones más humillantes para los campesinos y los trabajadores, que actuó con toda su fuerza persuasiva y condenatoria contra los que deseaban una vida más decorosa, es hoy, al menos una parte de ella, aliada de los ofendidos, de los humillados. Esa fue la renovación de Juan XXIII: una vuelta a los Evangelios. Ese y no otro es el difícil camino de sacerdotes como Hélder Cámara: cristianizar un mundo, como el de su Nordeste, donde se da, vasto y complejo, el colonialismo.

Gastón García Cantú

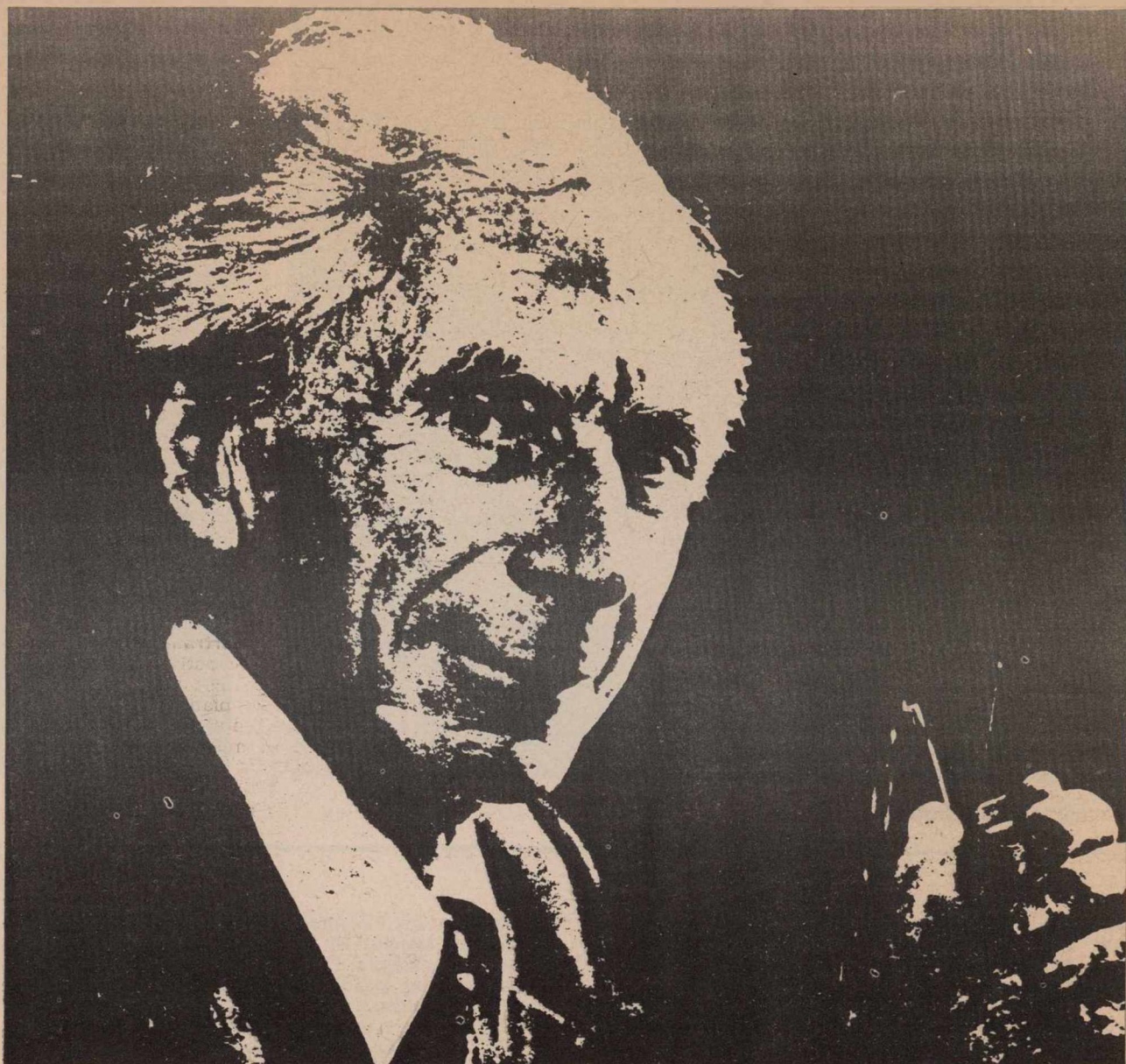
B

ERTRAND Russell nunca será de mármol. Luchó siempre contra las agresiones a la inteligencia y a la moral. Creyó —como Platón— que “la falta de claridad en los conceptos y en las palabras, no sólo es una

agresión contra la inteligencia, sino también un atentado contra la moral”.

Philosophers, though divine, are men, diremos alterando un poco el verso de Ben Jonson. Russell entendió la estrecha relación que hay entre vida y obra.

Fernando Salmerón, Adolfo Sánchez Vázquez, Alejandro Rossi y Hugo Padilla hablan en esta encuesta sobre Russell una figura moral, intelectualmente paradigmática. Quedan pocas en nuestros días.



LA GRANDEZA DE BERTRAND RUSSELL

Encuesta de Margarita García Flores

